



"HABIAMOS recibido orden de disparar sólo en caso de absoluta necesidad. Lo primero que tuvimos que hacer fue formar un cordón en torno a la reina y su familia. Me sorprendió el que uno de los guardaespaldas disparase, hiriendo a uno de los nuestros que se había acercado demasiado al príncipe Felipe, y que resultase, a su vez, herido. Los personajes reales se comportaron estupendamente, conservando una admirable compostura; hablaron poquísimo. El se quedó muy quieto, con los brazos detrás de la espalda, como quien contempla un cuadro en una exposición. La reina me pidió que ayudase al guardia herido. Yo los conduje inmediatamente a la Bow Room (sala del palacio de Buckingham), elegida por los balcones que daban al parque. Yo iba delante, y ellos me seguían asombrados de que supiese orientarme tan bien por el palacio real. La reina me pidió que mandara traer a los niños. Lo contesté que haría el encargo por teléfono; en la centralita había uno de los nuestros".

¡MANOS ARRIBA MAJESTAD!



*El "establishment" británico,
conmocionado por una novela
de ficción-política ambientada
en el Buckingham Palace*

«establishment» han censurado vivamente la publicación de la novela, que cuenta cómo una banda de hombres, doscientos militares guiados por el capitán Wyatt, secuestran a la familia real inglesa, la encierran en la torre de Londres y gobiernan al país durante tres semanas mediante el chantaje.

Hoy que la vida parece imitar las absurdas fantasías de los medios de comunicación de masas, ¿qué puede esperarse —dicen los bienpensantes— de una novela que narra, con cierta complacencia, hechos de una páfida violencia? No hay duda de que el capitán Wyatt, héroe del «happening» más sensacional concebido en la Gran Bretaña, es un personaje simpático a pesar de su tétrico humorismo, decididamente suicida. No hay mujeres en su vida: se define como «soltero incurable». Su única pasión es la política. Y cuando habla de esta materia, lo hace con una elocuencia que da la medida de su poder sobre los hombres. Pero este demagogo militar, convertido por poco tiempo en dictador de Gran Bretaña, no consigue terminar con el «establishment». Su error es el mismo error de Bruto: Wyatt se basa en la racionalidad de sus compatriotas. El «establishment» juega una baza más segura: la de la irracionalidad, los ciegos prejuicios de las masas. El cálculo de Wyatt es bien simple: si la reina es, como quiere el «establishment», fuente sagrada del poder, quien tiene a la reina como rehén, tiene en sus manos el poder.

Del capítulo tercero: «Señora, es mi deber pedirle que transmita cuanto antes un mensaje que tranquilice al pueblo británico». La reina pareció sorprendida, pero no dijo nada. «En este momento —continuó Daynard— nuestras fuerzas controlan las Cámaras del Parlamento, la radiotelevisión y la torre de Londres. Y, lo que es más importante, controlamos el palacio real. «Una revolución —murmuró el duque— que deseamos sea incruenta». «Y todo depende de una sola circunstancia, su detención». «¿Así es que somos rehenes?». Por primera vez el duque dio la impresión de estar preocupado. «Este es precisamente nuestro plan», contestó Daynard.

Instalado en Downing Street, Wyatt encuentra de la administración y del público una cierta simpatía socarrona. Al poner a los delincuentes en la picota, una jaula de Regent's Park, el capitán logra reducir considerablemente la criminalidad; al mismo tiempo ataca decididamente el problema de la vivienda (las 600 habitaciones del Buckingham Palace son puestas inmediatamente a disposición del público); retira las tropas inglesas de Europa; libra al país de sus vínculos con U.S.A.; resuelve en pocas horas el problema de Rhodesia con un lanzamiento de para-caidistas sobre Salisbury, que arrestan a Smith. Pero el problema racial es su **problema**. El «establishment» aprovecha, en efecto, la operación rhodesiana para desencadenar en todo el país agitaciones de carácter racista. Segundo error de Wyatt: haber sobrevalorado la sacralidad de las personas físicas de los miembros de la familia real. Llega un momento en que la «cábala», sin preocuparse en absoluto por la espada de Damocles suspendida sobre las cabezas reales, consigue arrestar a Wyatt y a sus colaboradores. El capitán muere a manos de un sicario.

La novela de Van Greenaway cautiva precisamente por su carácter de sueño crudo con los ojos abiertos y porque es una fantasía que alimenta, con el disgusto de la realidad actual, una voluntad de subversión y de violencia.

En este país, que hasta hace algunos años exaltaba la violencia tanto o más que el sexo, hoy en día el desencadenamiento sexual se asocia a otro de los instintos agresivos. Los intelectuales sueñan con la violencia: la radiotelevisión y la prensa hablan de ella como de una plausible alternativa frente a desacreditados procedimientos democráticos. Los estudiantes de la nueva izquierda están ocupados preparándola; la policía, contados sus efectivos y sus recursos, la espera con notable ansiedad. Y el «establishment», la «cábala» se pregunta: «¿Cuándo llegará el día en que la "impugnación" cruenta del sistema busque como blanco a los miembros de la familia real?».

El príncipe Carlos, heredero del trono, estudiará en el trimestre primaveral del año próximo en la universidad gallesa de Aberystwyth; el próximo mes de junio recibirá el título de príncipe de Gales en el castillo de Caernarvon. Pero, en los últimos meses, el movimiento separatista galés ha llevado a cabo varios atentados con bombas: en el último destruyeron una pequeña torre de control de la RAF y resultó herido un sargento mayor. Serán necesarios miles de policías para proteger al «príncipe alemán» de las tramas de la organización terrorista gallesa denominada «Secret Six» (los «Seis Secretos»). Pero si el separatismo galés se inspira en la tradición terrorista del nacionalismo irlandés, que tiene sus raíces en el siglo pasado, el culto de la violencia que caracteriza a la nueva izquierda juvenil capitaneada por Tariq Ali —el bigotudo pakistaní que trata de emular, en Inglaterra, a sus amigos Conh-Bendit y Rudy Dutschke— es mucho más reciente. En torno a la manifestación contra la guerra del Vietnam, anunciada para el 27 de octubre, corren voces muy alarmantes: de veinte a veinticinco mil manifestantes tratarán de ocupar la BBC, la Bolsa, el Ministerio de Defensa, el número 10 de Downing Street, la oficina central de comunicaciones de la policía en Denmark Hill, e intentarán izar la bandera del Vietnam en la embajada americana sita en Grosvenor Square.

¿Y quién se iba a imaginar que un hombre político y razonable como Jo Grimond, ex jefe de los liberales, rompería una lanza a favor de la violencia? Y, sin embargo, es lo que ha hecho en un artículo publicado en la revista de los jóvenes liberales «Guardia Roja». «Cuando los centros de poder se unen contra el público —dice Grimond— y transforman el sistema democrático parlamentario en un sepulcro enjalbegado de la libertad, los radicales militantes deben recurrir a la violencia para hacer que triunfen las causas por las que abogan». También el «Times», por su parte, ha analizado el papel positivo que el «Mob» (la plebe) ha jugado en la evolución política del país. ¿Sólo palabras? Lo sabremos el próximo invierno, que se anuncia bastante duro. La opinión pública inglesa no tendrá más remedio que escoger entre los estudiantes y la política. ■ **FRANCESCO RUSSO**. Foto: EUROPA PRESS.

EL título de la novela, publicada por «Weidenfeld And Nicolson», y a cuyo tercer capítulo pertenece el párrafo anterior, es «El hombre que secuestró a la reina y mandó hacer el equipaje al Parlamento». Su autor es un londinense de treinta y nueve años, Peter van Greenaway, que ha estudiado Derecho y que tiene en su haber otras dos novelas («La ciudad crucificada» y «El tonto de la tarde»). Van Greenaway vive en un «cottage» solitario del Devon septentrional, ya que, al parecer, odia Londres y la vida urbana, en general. Si se exceptúa la publicación por entregas en el «Evening News» de un resumen de su tercera novela, el nombre de Peter van Greenaway no ha aparecido nunca en la prensa. ¿Se trata de una conjura del silencio para impedirle que llegue al gran público? Se sabe que algunos personajes influyentes del